

# Sobre lexicografía vasca del tiempo

JOSE M. SATRUSTEGUI

**E**L sistema de medir el tiempo se llama cronología. Es una disciplina que se puede considerar moderna, pero la iniciativa de fijar la edad y valorar la duración de las cosas no es de ahora. El hombre de todos los tiempos ha tratado de establecer un cómputo estable en la perspectiva cambiante de los sucesos ordinarios y pronto encontró referencias válidas para el normal desempeño de sus funciones. El entorno geográfico y el clima condicionan necesariamente las actividades relacionadas con la evolución cíclica de la naturaleza, de modo que el hombre primitivo no tardó en racionalizar los impulsos instintivos para adaptarse mejor a las circunstancias ambientales.

El calendario es resultado de las experiencias pasadas, al menos en su fase inicial, como código normativo de las previsiones programables y se configura, al mismo tiempo, como hilo conductor de las tradiciones populares que regulan el equilibrio indispensable entre la actividad laboral del hombre y la filosofía del ocio.

El concepto del tiempo es elemento básico que existe de alguna manera en todos y cada uno de los estadios culturales de los pueblos, con incidencia directa en el vocabulario.

La lengua vasca, en todo caso, conserva términos autóctonos y préstamos lexicales que testimonian la evolución histórica del calendario.

La clasificación diacrónica de las fuentes y la posible aproximación semántica a la lexicografía del tiempo en lengua vasca, es el objetivo de este trabajo.

## 1. Denbora, tiempo

El término “denbora”, del latín “tempora”, no era del agrado de R.M. de Azkue, quien procuró por todos los medios denunciar el uso abusivo del mismo en detrimento de la propiedad y de la riqueza léxica del vascuence en este punto. Es significativo el tratamiento que dispensa a la palabra en el Diccionario. De entrada, figura en letras minúsculas y dice literalmente: “Denbora, tiempo, temps”, significado que cuestiona el autor con doble signo de interrogación. Y para que no haya dudas, añade: “Debe desterrarse esta palabra, usando en su lugar las voces que aún existen en el pueblo”.

El rechazo formulado en términos absolutos por el primer presidente de Euskaltzaindia no responde únicamente a la tendencia de signo purista que predominaba en aquel momento de concienciación euskérica, sino que denunciaba sobre todo un vicio de lenguaje que infrautilizaba las posibilidades del idioma autóctono. No siempre la correspondencia de las palabras se ajusta

al mismo concepto en distintas lenguas. "Temporak", en plural, significaba originariamente tiempo de ayuno en el comienzo de cada una de las estaciones del año. El precepto eclesiástico obligaba el miércoles, viernes y sábado de las respectivas semanas. Perdido el sentido ascético inicial, la tradición del pueblo vasco no se ha desligado de estas fechas a las que atribuye significado augural, de modo que la temperie y el viento dominante en esos días, presumiblemente predomina en la climatología de los tres meses siguientes. "Urriko temporetan ze haize, negu guzian halaxe". Más lejos todavía, en el Japón de los pescados crudos de mesa, "tempora" significa pescado frito a la romana, acepción típicamente culinaria que la tradición relaciona con la dieta que los primeros misioneros occidentales observaban por esas fechas.

Puede suceder también que el campo semántico de las palabras se diversifique en cada idioma restringiendo o ampliando la cobertura originaria del préstamo lexical. La palabra "tiempo" abarca en castellano múltiples facetas que, por otra parte, cuentan con terminología propia bien diferenciada en el vocabulario vasco. La aceptación mimética del modelo románico y sus connotaciones lexicales, podría suponer una erosión de los correspondientes términos vascos asumibles en una palabra por el préstamo polivalente "denbora".

Dicho de otra manera, no es de recibo la utilización indiscriminada de la palabra "denbora" en sustitución de vocablos propios existentes en vascuence, como ocurre con relativa frecuencia.

He aquí algunos casos:

1) Tiempo, temperie. Estado de la atmósfera, según los diversos grados de calor o frío, sequedad o humedad. *Eguraldi ona. Eguraldi txarra.*

2) Tempero. Sazón o buena disposición en que se encuentra la tierra para las labores agrícolas. *Aro ona dago?* es la fórmula de cortesía entre labradores ocupados en sus labores.

3) En realidad, —aro, sazón o época, figura en numerosas palabras compuestas que expresan con propiedad determinadas actividades o situaciones concretas. *Azaro*, sementera; *uzzaro*, tiempo de la mies; *itsasaro*, tiempo para hacerse a la mar. En otro orden de cosas, *gaztaro*, juventud y *zahartzaro* ancianidad. *Lotaro* es tiempo apto para dormir, *goizaroko* se dice del fruto temprano y *berantaroko* es el tardío. Las posibilidades que ofrece el lenguaje, por tanto, son considerables.

4) Epoca referente a una civilización, o en la que vive una persona. *Erro-matarren garaian*, en tiempo de los romanos. *Jesukristoren garaian* va siendo suplantado por *Jesukristoren denboran* sin motivo que lo justifique.

5) Temporada. Tiempo durante el cual se realiza habitualmente alguna actividad. Tiempo litúrgico. Espacio de tiempo, en general, relacionado con algún motivo concreto. El componente euskérico que expresa esa contingencia es —aldi. *Pazkoaldi* es más aconsejable que *pazko denbora*. *Oporraldi*, temporada de vacaciones.

La misma recomendación vale para las expresiones de influencia francesa. *Sasoina*, de "saison", es trabajo de temporada. Si se refiere al verano, *sasoina* tiene la doble alternativa *udaldi/udaro* basada en la tradición popular.

6) El tiempo disponible para asuntos ajenos a la propia dedicación tiene también su nombre autóctono en vascuence: *asti*. *Astirik exa aitzaki*, la excusa de la falta de tiempo.

*Tarte*, espacio o tiempo intermedio entre diversas actividades, viene a ser también un concepto similar. *Tartea* (arteal) *harrapatu*. Encontrar el hueco.

7) Finalmente, existe el vocabulario de fechas cíclicas, litúrgicas o simplemente acumulativas de días, meses y años: *zortziurren*, octavario, *zortzigarren*, octava. *Bederatziurren*, novenario. *Urteurren*, *urteburu*, aniversario. *Mendeurren*, *ebunurteburu*, centenario.

*Muga*, linde, término, límite físico, es asimismo frontera del tiempo: *mugaz etorri*, llegar a tiempo. Se trata de una vieja acepción que figura en las invocaciones del antiguo culto al sol. Al ponerse el sol, dicen en Valcarlos: ‘‘*Adio Joanes! Haugi bihar muga onez*’’ (Borderre). Adiós Juan! Ven mañana en buena hora (enhorabuena). *Urtemuga*, lógicamente, es aniversario. Esta palabra se aplicó incluso a la frontera cosmológica de las estaciones del año, y Oihenart la testifica como sinónimo de temporas: *Barur egik jeigeietan, berrogeian, laur mugetan*. Ayuna en las vísperas de fiestas, en la cuaresma y en las cuatro temporas (Oih. 193-10).

No son las únicas voces tradicionales vascas que tienden a desaparecer por la utilización abusiva de préstamos lexicales que invaden distintos campos semánticos con empobrecedora unificación del vocabulario. Es el motivo que inspira la energética denuncia de Azkue.

Debemos admitir, sin embargo, que la palabra “denbora” tiene desde antiguo carta de naturaleza en el diccionario vasco, cumple su función propia para designar la noción filosófica de crono, tiempo, que es la duración de las cosas sujetas a mudanza, y no podría ser eliminada sin crear el vacío consiguiente en las necesidades actuales del lenguaje.

Está presente en modismos de indudable arraigo popular: *denborarekin ikusiko da*, se verá con el tiempo; *denborak esango du*, el tiempo lo dirá; *debora joan eta denbora etori*, al cabo de mucho tiempo; *begiak ixteko denboran*, en un abrir y cerrar de ojos.

En el lenguaje ordinario resultaría forzada la sustitución en preguntas concretas como *zenbat denboran/z* referentes a la duración de un viaje o al tiempo de ejecución de un trabajo.

Y si en el pasado histórico del idioma *denbora* ha expresado con absoluta propiedad el concepto de espacio cronométrico o tiempo puro, en la era de las competiciones deportivas, plusmarcas atléticas y viajes espaciales, presumiblemente, el vocablo seguirá acumulando nuevas aplicaciones relacionadas con el crono olímpico, con los resultados homologados de todas las pruebas y con el curso de los ingenios espaciales, al margen de cualquier desviación imprecisa de la palabra a otros campos semánticos.

## 2. Egutegi. Calendario

El catálogo o manual del tiempo dispuesto por períodos que se adaptan a las necesidades de la vida, se llama *egutegi*, calendario.

El prejuicio vulgar que asume el tiempo en función de movimiento continuo fluyendo insobornable como algo que pasa, atribuye a la duración en sí la falsa apariencia de espacio real o principio activo que envuelve y acapara como gran velo o telón de fondo todos los acontecimientos y la propia existencia.

En sana filosofía, sin embargo, no es así. El supuesto “espacio” que llamamos tiempo no existe como realidad absoluta e independiente en sí misma. Sencillamente, no es “algo”, ni siquiera a modo de atmósfera etérea accesible al vuelo de las aves, a las ondas hertzianas o a la evolución del cosmos.

El tiempo se sitúa necesariamente en la perspectiva convencional de cualquier referencia que el hombre establece como hito permanente en el camino de su propia andadura. Un fenómeno natural o un suceso relevante puede ser en cada caso el punto de partida de los distintos calendarios.

Es evidente la indefinición del tiempo en la tradición oral de los pueblos antiguos. Se recurre a expresiones estereotipadas que sugieren distintos grados de imprecisión temporal en cada género literario. El cuento popular vasco sitúa el relato en un contexto atemporal del suceso aséptico: *bazen behin*, érase una vez; *etxe batean bizi ziren*, vivían en una casa.

Los grandes acontecimientos míticos se remontan a los orígenes, *mundua egin baino lehen*, antes de la creación del mundo; *ezer ez zegoenean*, cuando no existía nada; *hasieran*, al principio. Ciertas creencias ancestrales como la existencia de un lenguaje común compartido con animales y plantas, aunque eluden la referencia a los orígenes, siguen manteniendo la indefinición propia de los relatos míticos: *noizbait*, en tiempos; *garai batean*, en algún tiempo.

Las leyendas se refieren casi siempre a motivos que, de alguna manera, se relacionan con personajes o sucesos históricos, por lo que pierde cierta precisión o se suprime la matización del tiempo en aras del protagonismo de un personaje o de la gesta que se menciona.

Las tradiciones populares son retazos más o menos fidedignos de historia que no se escribió, o relatos marginales de las propias crónicas. Admiten cierto escalonamiento cronológico que responde a eslabones generacionales respecto a quien proporciona la información. *Aitzinean*, antiguamente, se refiere al pasado sin matizaciones; *lehen ... orain*, antes... ahora, es planteamiento diacrónico de situaciones de cambio y puede tener carácter testimonial. Las alusiones familiares, como *gure aurrekoek/aitzinekoek*, lo mismo que *arbasoen garaian/denboran*, suponen la evocación a los antepasados que puede ser relativamente próxima o ancestral, según el contexto del relato. La referencia a los abuelos, *aitonak*, o a los padres, *aita-amak*, significa cercanía testimonial de los hechos relatados.

El escalonamiento de las etapas es más constatable cuando los datos se refieren a sucesos históricos que se mencionan expresamente: *Cubako gerran*, en la guerra de Cuba; *Espainiako gerra denboran*, durante la guerra española.

La implantación de la escritura supone un cambio profundo en el tratamiento de la información como documento permanente al proceso variable del testimonio oral. Interesaba establecer la referencia puntual que permitiese en todo momento su identificación en el tiempo, y proliferaron las eras particulares. Hubo pueblos que relataban los sucesos públicos encuadrados en el reinado de cada monarca o en clave prolífica de los gobernantes de turno. La judicatura de los jueces o el solio de los pontífices determinaba otras veces la cronología de los acontecimientos. A la oscuridad que supone la carencia de pautas estables sucedió la multiplicación caótica de los cómputos particulares que creaba confusión en las relaciones de las distintas comunidades.

Los pueblos poderosos como Babilonia, Grecia y Roma fueron unificando criterios en las respectivas áreas de influencia en el largo camino del calendario universal.

La noción filosófica del tiempo, en todo caso, es relativa y está necesariamente condicionada por la información. El historiador árabe o cristiano con sus propios guarismos, el jurado olímpico de cada prueba, el astronauta y el físico que establecen las tablas del tiempo en los respectivos cometidos, lo que miden en realidad no es una dimensión referida a la función del tiempo, sino

que expresan en términos cronométricos una *función de información*, de modo que sin las referencias puntuales nunca se hubieran producido los tiempos que ellos les asignan.

*Tiempo es igual a información.*

### 3. Eguna. Día

La simple constatación de los fenómenos naturales proporcionó al hombre la referencia visual del día y de la noche como información diferenciada en espacios cílicos de luz y de sombra, sujetos a duración que es el tiempo. El objeto inmediato de la noticia es la luz por impulso instintivo que despierta a la naturaleza viviente frente a la oscuridad nocturna, ya antes de la salida del sol.

Pasando por alto los conatos de etimología voluntarista, fue J. Vinson quien formuló con método científico que el significado propio de *egu* es luz<sup>1</sup>. Odón Apraiz abunda en la misma idea, al decir que pasa luego a significar “día” e interviene en los derivados con el doble sentido de “tiempo” cronológico (jornada) y “tiempo” atmosférico (temperatura, temporo)<sup>2</sup>.

J.M. Barandiarán proporciona otra valiosa aportación al relacionar la divinidad celeste vasca *Urtzi/egu*, con la concepción aria o indoeuropea del ser supremo identificado, asimismo, con el trueno y el rayo<sup>3</sup>. J. Caro Baroja asume la observación y resume su pensamiento, de esta manera: acaso la raíz “egu” sea la más vieja y autóctona y la raíz “ortz” sea más moderna y estén en la relación que en indogermano están las raíces “div” y “werw”, que una exprese la idea de brillantez y luminosidad celeste y la otra la de cubrir, proteger, guardar. Lo que es evidente es que la idea del sol depende de la idea del cielo, según lo revela la lingüística y lo dan a entender los datos folklóricos<sup>4</sup>.

Indudablemente, las enseñanzas reseñadas constituyen una buena pauta para seguir avanzando en la investigación de los aspectos oscuros que quedan por aclarar.

Las numerosas variantes lexicales que en este punto presenta la lengua vasca y los distintos conceptos inherentes a esta terminología, son fruto de sucesivas aportaciones culturales que se han ido acumulando con el tiempo. Al objeto de proceder con rigor metodológico en el análisis de los materiales, trataremos de agrupar los elementos lexicales homogéneos a partir de los supuestos menos problemáticos.

Se admite, en general, que *ortz*, cielo, es posterior a *egu* en el vocabulario vasco. Más aún, J.M. de Barandiarán haciendo suyas las conclusiones de O. Schrader<sup>5</sup>, establece la posible cronología de la segunda aportación. Dice así: “... una divinidad llamada *Ortz*, *Ost*, *Ortzi*, *Urtzi* o *Egu*, personificación del cielo o luz celeste, empezó a ser venerada entre los vascos al final del período neolítico en que debe situarse la primitiva cultura aria o indoeuropea”<sup>6</sup>.

1) Julien VINSON. “Le calendrier Basque” RIEV. IV (1910) p. 32.

2) Odón APRAIZ. “En torno a la *n* caduca” RIEV. XIV (1923) p. 661

3) J.M. de BARANDIARAN. *El hombre primitivo en el País Vasco*. (Donostia, 1934) p. 79.

4) Julio CARO BAROJA. *Estudios Vascos* (San Sebastián, 1973) p. 32-45.

5) *Die Indogermanen* p. 17-18 (citado por Barandiarán).

6) *El hombre primitivo en el País Vasco*, p. 80.

De este modo destacan, además de los indicados términos *ortz/ost*, *ortzi/urtzi*, sus compuestos *ortzadar/ostadar* arco iris, *ortzantz/ortziri/ostots* trueno, *oinaztura* relámpago; *oinaztarri* rayo, *ozkarbi/oskarbi* cielo despejado, entre otros.

La inclusión de *egu* como sinónimo de *ortz* tiene su explicación. El propio autor señala el doble significado de las palabras: ‘‘En el conjunto de estos ritos, características de la primitiva religión aria, se aprecian los dos aspectos o finalidades propias de estas fiestas solsticiales: la de honrar al Dios solar (fuegos, coronas, flores) y la de festejar al Dios de la lluvia o de las tormentas (baños de la mañana de San Juan, paseo en el rocío del campo, etc.)’’<sup>7</sup>.

La referencia solar, sin embargo, existía independientemente de la aportación indoeuropea en el léxico autóctono: *eguraldi* tiempo atmosférico, *eguras oreo*, *egutaize* céfiro, *egutera* sitio soleado, etc. Lo propio cabría decir de *egun* día, que es antiguo en euskera, así como sus compuestos, *eguargi* día claro, *eguarte* entre día, *eguerdi* mediodía, etc.

A partir de este momento se plantea una cuestión que considero fundamental. La pregunta es, si en el largo periodo preindoeuropeo *egu* habría permanecido invariable en las distintas acepciones de luz celeste, sol, día, o si por el contrario existió algún cambio morfológico entre el elemento radical y sus derivaciones.

J. Caro Baroja resalta la diferencia semántica, pero no cuestiona el morfema. Dice así: ‘‘La idea de sol, y la palabra sol, en vascuence parece que está relacionada en sentido de dependencia con la idea de cielo luminoso, y con todas las palabras en que aparece la raíz *egu*, paralela a la indogermánica *dir*. El sol como luz del cielo es ya una particularización. Acaso desde un punto de vista religioso esto haya tenido un sentido mayor que el que ahora podemos apreciar’’<sup>8</sup>.

La curiosidad aflora al constatar la vigencia de formas bien diferenciadas, como pueden ser *ekhi* y *eguzki*, para significar el concepto fundamental de astro diurno, sol, en cosmogonía elemental.

Autores cualificados, por otra parte, no han llegado a desvelar de modo incuestionable y definitivo la etimología de ambos términos. Odón Apraiz los estudia por separado y formula dos hipótesis para la etimología de *ekhi*. ‘‘Por lo demás, dice *ekhi* puede también proceder de *egun-gi*, *egu-ki* tomando a *egu* en su primitivo sentido; *ekhi* sería anterior a *eguzki*’’. Y a continuación añade: ‘‘Con mayor seguridad se puede afirmar que de *egu*, ‘‘día’’ y *gai* ‘‘materia para hacer algo’’ resulta *egu-gai* / *ekai* ‘‘tarea, ocupación diaria’’’<sup>9</sup>. El profesor vitoriano no oculta, por tanto, su incertidumbre.

J. Caro Baroja no rubrica, en este caso, una de sus autorizadas hipótesis de trabajo y sus preferencias se decantan, tímidamente, por el proceso lineal de la contracción, cuestionado implícitamente la presunta mayor antigüedad que los autores venían atribuyendo a *ekhi*, frente a *eguzki*. Textualmente, expresa así su posicionamiento: ‘‘La forma *ekhi* para designar al sol, que se considera como anterior a *eguzki* por Campión, Apraiz, etc., generalmente se cree que es una contracción extrema de *eguzki* semejante a tantas otras como se ven en vascuence: recuérdese la que hace de *Jaungoikoa*, *Jinkua*’’<sup>10</sup>.

7) Ibid. p. 84.

8) *Estudios Vascos* p. 38.

9) ‘‘En torno a la *n* caduca’’ RIEV, t. XIV, p. 663.

10) *Estudios Vascos* p. 38.

El recurso no deja de ser atípico y, al igual que la supuesta contracción de *Jaungoikoa* en *Jinkua*, seguiría siendo cuestionable.

Y si el proceso disociativo de la raíz única plantea problemas filológicos de difícil solución por el camino inverso de la convergencia morfológica la fusión de conceptos puede desembocar en la indefinición lexical de algunos vocablos. Basta analizar la palabra *Eguberri*, Navidad. Por la vía exclusiva de la evolución unilineal resulta un término híbrido de difícil definición semántica. Puede significar "luz nueva" en la acepción primigenia; "día nuevo" y también "sol nuevo" en el sentido concurrente de ambos grafemas.

Se trata, en todo caso, de imprecisiones que dada la riqueza de recursos gramaticales en buena medida el euskera pudo obviar. Pero no voy a extenderme en la exposición de motivos que me impulsaron a realizar este trabajo y paso a exponer los resultados.

Entiendo que hay dos líneas que actúan a modo de hilos conductores en la evolución de las palabras cuestionadas. Existen indicios racionales para admitir que el núcleo básico, elemental, del grupo estudiado fue *eg-*, luz, noción lumínica de simple percepción sensorial, frente a *eg-un*, día, concepto asociado de duración o permanencia de esa luz en el horizonte, que es la noción de tiempo o jornada.

No se trata, por supuesto, de meras lucubraciones metafísicas, ya que el término referente a la idea contrapuesta al día, que es la noche, conserva la forma original *il-un*, tiempo que dura la oscuridad, concepto asociado a la muerte, en perfecto paralelismo con *eg-un*.

A partir de esta evidencia podemos deducir la existencia de dos formulaciones lexicales bien diferenciadas:

1) El núcleo inicial *eg-*, luz, en la conjunción *g + g* provoca el sonido fuerte *k* (*kh*): *eg-gi*, *ekhi*, sol, principio activo generador de la luz. *Eg-gain*, *ekain*, junio, solsticio, periodo o tiempo de la máxima duración de la luz natural. *Eg-gaitz*, *ekaitz*, tempestad, etc.

2) El núcleo compuesto *eg-un*, día, a su vez, es fuente fecunda de nuevas palabras, con caída de la *n*: *eg-uzki*, sol o luminaria del día; *Egu-berri*, Navidad, (lit. nuevo día), jornada siguiente al solsticio de invierno; *eguantz*, aurora, etc.

En el estadio inicial no aparece muy nítida la correspondencia lexical a los conceptos naturales *luz/oscuridad*. Es posible que la única antinomia formal en ese momento fuera *eg/il*, coincidiendo el segundo elemento con el morfema de muerte (matar/morir), luna y mes.

*Gau* podría corresponder a otra etapa posterior. Incluso el resultado del supuesto étimo (*e*)*g-gau*, carencia de luz, presumiblemente hubiera sido entonces *kau*, en lugar de *gab* o *gau*.

El paralelismo de la segunda vía, sin embargo, es transparente. *Eguzki*, sol, *ilazki*, luna, son las luminarias del día y de la noche, respectivamente. El claroscuro de la mañana y de la tarde tiene su tratamiento parecido en *egun-nabar*, alborada, e *ilun-nabar*, atardecer. Hay una expresión que refuerza la concreción temporal del día y de la noche ceñidos al presente: *egun*, durante el día, *gaur*, esta noche.

El lenguaje está sometido a incesante evolución, de modo que la pérdida de transparencia semántica acarrea la adaptación del vocabulario. *Egun* fue sustituido por *gaur* en algunos dialectos y significa "durante el día". Igualmente *ilazki* perdió en la conciencia del pueblo su sentido original y derivó

a *ilazki-argi*, luz de luna, para dar paso a *ilargi*, sinónimo de *ilazki*, luna, lexema fosilizado.

Soy consciente de que autores de indudable prestigio han propuesto lecturas no coincidentes con la mía. El amigo Nils. M. Holmer, destacado especialista de la Universidad de Lund (Suecia) basándose en el estudio comparativo de varias lenguas antiguas, "llegó a la conclusión de que el núcleo —gi— significaba inicialmente "ojo", de modo que *eguzki* viene a ser "ojo del día". El órgano visual de los animales se expresa, sin embargo, lo mismo que el del hombre, por la palabra compuesta "*b-eg-i*", cuyo primer componente *b-* lo relacionó con el numeral *bi* "dos"; pero siguiendo, más tarde, el análisis de C.C. Uhlenbeck<sup>11</sup>, prefiere admitir que se trataría de un antiguo prefijo posesivo de la tercera persona, con el resultado final de *begi* "su ojo". La puntuación no afecta, sin embargo, al sentido del núcleo principal: "Queda, pues, un radical —gi— "ojo" (como lo habíamos también reconstruido en el aludido artículo)"<sup>12</sup>.

Sin ánimo de rebatir la autorizada conclusión del ilustre profesor, pienso que ambos resultados podrían tener cabida en la perspectiva diacrónica de un concepto básico, que en su larga trayectoria ha ido experimentando sucesivas adaptaciones...

#### 4. Aste. Semana

El conjunto de siete días naturales consecutivos recibe en el calendario el nombre de *aste*, semana. Astarloa en *Apología de la lengua bascongada* propone la etimología no desautorizada hasta ahora: (h)asi— comenzar y -te, sufijo que indica la nominalización del verbo: comienzo, principio..

Tres días de la semana vasca, por otra parte, incorporan este componente a sus respectivas denominaciones: *astelehen* lunes, *astearte* martes y *asteazken* miércoles. El primer problema radica en determinar si el concepto de inicio, intermedio y fin de semana que expresan los tres términos, se refiere a un primitivo cómputo de tiempo, excluyente y absoluto en sí mismo como unidad individualizada del ciclo; o si por el contrario, se trata del componente inicial de un esquema complejo.

La posibilidad de que inicialmente surgiera el esquema lunar de siete ocasos y la supuesta contracción posterior en sistema ternario por influencia de otras culturas, no es descartable a priori. De hecho, los celtas conocieron la semana de tres días al dividir el mes en tres grupos de nueve días. Tampoco resulta inviable la teoría de quienes defienden que el núcleo triduano de la semana es anterior en origen al septenario. Pero, a falta de pruebas definitivas, cabe especular con la hipótesis de la presunta complejidad de los motivos aducidos. J. Gorostiaga llegó a establecer el posible paralelismo del esquema *lehen-arte-azken* de la semana, con la paradigma verbal *ditut-dituzu-ditu*, a tres niveles en la conjugación (Gernika. EJ. 1947 p. 55). El grupo ternario

11) "Puede uno dudar si *begi* hay que interpretarlo como \**be-gi* o \**b-egi*; presumo lo segundo. Podríamos relacionarlo con *egia* "verdad", cuya *a* es seguramente parte de la raíz... El significado abstracto "verdad" se habrá desarrollado del material (no demostrable) significado básico "luz". C.C. UHLENBEEK. "Los nombres vascos de miembros de cuerpo que comienzan con b-." *Eusko-Jakintza*. III, n. 2-3 p. 109 (1949).

12) Nils M. HOLMER. "Semántica y Etimología" BAP. XII, (1956) p. 393.

está también presente en los números mágicos y símbolos sagrados de numerosas religiones antiguas.

El problema estriba en escalonar los motivos en función de la menor complejidad asequible a los conocimientos del hombre que estrenaba la andadura del pensamiento.

Concretamente, los números místicos y mágicos fueron el resultado de las laboriosas observaciones del firmamento y de complejos cálculos astronómicos, fruto de muchos siglos de investigación.

La propia mecánica de la conjugación gramatical supone un matizado roldaje en el desarrollo del idioma, antes de cristalizar en el preciosismo de las relaciones personales.

Sin embargo, la aurora alborozada de cada día al término del ocaso significado por las distintas fases de una luna cambiante, puede resultar experiencia más inmediata a la simple mirada de cualquier espectador.

Superada la fase primaria de la etimología literal que describe una mini-semana de tres jornadas, los autores mayormente coinciden en el planteamiento de una interpretación extensiva del contenido textual, a pesar de la evidente dificultad de acoplamiento que supone el empeño.

Conviene recordar de nuevo a Astarloa como promotor de la teoría que sustrae del contexto semanal los términos *astelehen*, *astearte*, *asteazken*, para situarlos originariamente en el inicio individualizado de sendas fases de la luna, hipótesis que tuvo indudable influencia en estudios posteriores.

Campión se adhiere a esa corriente y basándose en la supuesta irrelevancia de las fases de la luna frente al ciclo mensual completo “medida con que la naturaleza, por decirlo así brinda”, prescinde de la posible entidad definida de los días y atribuye al inicio de cada período lunar el origen de estas palabras: “A mi juicio, dice *aste* indicaba el novilunio; *astelen*, el período de la luna creciente; *astearte*, el de la luna llena y *asteazken*, el de la luna menguante. Acaso el período de invisibilidad recibió el nombre de *gau*. En aquella época, por suposición remotísima, los baskos no habían experimentado la necesidad de dar nombre particular a cada uno de los días de período lunar”<sup>13</sup>.

Vinson se limita a señalar las distintas posibilidades sin optar por ninguna: “Je ne puis me prononcer entre ces hypothèses”<sup>14</sup>.

El léxico tradicional del semanario vasco es sugerente y heterogéneo, por lo que requiere un esfuerzo serio de reconducción temática. Es el resultado multisecular de un proceso constante de evolución, con elementos marginales del pensamiento primario y conceptos superpuestos de diversa procedencia.

Cabe al planteamiento previo que, a nivel filosófico, trata de aproximarse a la reacción refleja del hombre que ha descubierto el relevo permanente del día y de la noche y se ve en la necesidad de individualizarlos o agruparlos en función de su actividad y de las experiencias reseñables. Se trata de descubrir otra referencia natural que le permita dilatar la dimensión del tiempo.

El curso solar es poco explícito a ese nivel. Apenas presenta cambios considerables a corto plazo en la sucesión aparentemente uniforme de cada día.

Por otra parte, los cambios de luna al filo de la noche son ostensibles y brindan la pauta de una referencia válida.

13) A. CAMPION. *Euskariana. Orígenes del pueblo euskaldun* (Tercera parte) “Testimonios de Lingüística”. (Pamplona, 1931) p. 332.

14) “Le Calendrier Basque” RIEV. (1910) p. 37.

Con el máximo respeto hacia la opinión contraria de A. Campión, la apertura mental del hombre al fenómeno natural de la lunación y sus fases, al margen de la nominación ya evolucionada de los días, considero que pudo ser relativamente precoz, dada la constatable mutación de los términos “*a quo*” y “*ad quem*” en la evolución ordinaria de la luna. Y esta constatación experimental pienso que tuvo que ser anterior a la influencia religiosa de los textos bíblicos que él sugiere o de cualquier otra creencia.

El esquema elemental de la semana vasca pudo ser la simple alusión a cada una de las fases de la luna: *ilargi betea*, luna llena o plenilunio; *ilbehera*, cuarto menguante; *ilberri*, luna nueva, novilunio; y finalmente, *ilgora*, cuarto creciente. En nuestros pueblos navarros es más usual la forma *ilondo* como sinónimo de cuarto menguante, aunque esta palabra figura en el diccionario de Azkue con el significado de “día siguiente al de la desaparición de la luna”. *Ilberri* equivale asimismo a *ilgora* en la acepción popular.

La morfología de estos términos responde al esquema básico de los elementos primarios, de modo que el núcleo *il-*, luna, se mantiene invariable en las referencias principales, *il-berri* novilunio, *il-zahar* plenilunio, lo mismo que en las fases intermedias de la luna, *il-behera* cuarto menguante, *il-gora* cuarto creciente, sin olvidar los propios morfemas *il-azki*, *il-argi*, luna.

Por efecto del deterioro semántico del núcleo inicial se produce, más tarde, la sustitución de *il-ondo*, por *ilazki-ondo*, así como la redundancia de *ilazki-argi*, por simple *ilazki*, en Baja Navarra. Con carácter más general, *ilargi-berri* suple a *il-berri*, sin eliminarlo definitivamente, al tiempo que *ilargi-bete* confina a *il-bete* en el reducto vizcaíno.

La razón fundamental de que las fases de la luna no hayan alterado mucho la morfología de los nombres antiguos estriba en que la virtualidad que se atribuye a la influencia de la luna en el desarrollo de los cultivos, no ha perdido vigencia hasta nuestros días en los medios rurales. La continuidad de una tradición condicionada a la propia dinámica de la vida es la mejor garantía de fidelidad al legado.

Hay un dato que atestigua la relevancia que este aspecto etnográfico ha tenido para nuestros mayores. La indicación de las fases de la luna con los signos convencionales prima todavía sobre cualquier otra consideración a la hora de elegir el calendario de pared o el almanaque manual, en el criterio de muchas cocinas. El impacto estético de la imagen fotogénica o religiosa es el segundo requisito que decide la elección.

*Los días de la semana*. Es evidente que, en un momento dado, los días comprendidos en cada fase de la luna alcanzaron dentro del período natural su propia entidad individualizada con nombre específico.

Consciente de que el cómputo semanal no fue necesariamente de siete días en todas las épocas y en cada una de las culturas antiguas, se podría cuestionar también aquí con toda legitimidad la validez del planteamiento septenario y, más aún, las posibilidades de un proceso ininterrumpido del sistema en la tradición del pueblo vasco.

Lamentablemente, confieso con llaneza que, dado el nivel actual de los estudios antropológicos vascos a falta de referencias históricas y contando sólo con la información lingüística, muy valiosa por supuesto, carecemos de argumentos científicos para propugnar o desautorizar cualquier hipótesis sobre la evolución uniforme o eventual ruptura de posibles esquemas.

Disponemos, por supuesto, de interesante vocabulario del nomenclátor semanal vasco, con fondo autóctono y préstamos de diversa procedencia, lo que

permite establecer una tabla de valores para su clasificación y análisis.

En principio, no es descartable la hipótesis de que los numerales fueran el elemento definitorio de los días de la semana en distintas culturas antiguas. Son muchos los pueblos que atestiguan la terminología numeral de los días de la semana. En cuanto al modelo vasco *astelehen*, *astearte*, *asteazken*, no se trata propiamente de sistema numeral, sino que puede considerarse graduación temporal en términos gramaticales.

El vocabulario vasco en este aspecto es bastante caótico y podría clasificarse en tres apartados: a) léxico autóctono, b) préstamos lingüísticos y, c) elementos folklóricos.

a) En el apartado del material autóctono llama inmediatamente la atención el testimonio residual representado por el núcleo *egu*: *eguen* jueves, y *eguasten* miércoles, de procedencia vizcaína. *Egubakoitz* es viernes en Bergara y Mondragón, según Azkue, y “*samedi*”, sábado, en el diccionario de Lhande que recoge el testimonio de los dialectos ultrapirenaicos.

Esta breve muestra aporta, al menos, una nota clara e incuestionable: *eguen*, *eguena*, jueves, lit. “de la luz”.

*Egubakoitz* aplicado al viernes supone imprecisión y crea ambigüedad en término tan usual al compartir el nombre con el sábado en otro dialecto. Puede ser muy clarificadora la variante *eguakitza* que recoge Barandiarán, cuando escribe: “También el viernes estaba dedicado a la divinidad celeste, según lo indican sus nombres *ortzirala*, *ostirala* y *eguakitza*. Por eso, sin duda, tenía significación religiosa, a juzgar por las creencias y prácticas que todavía aparecen vinculadas a ese día. Así, el día de viernes no se debe emprender ninguna labor importante; el pastor no debe hacer en ese día el traslado de su familia y de su rebaño al sol veraniego; no se debe quitar la miel a las abejas; la mujer no debe ir a la ceremonia de la purificación o bendición *post partum*”<sup>15</sup>.

No resulta demasiado forzada tratándose de un morfema en desuso, la hipótesis del simple desplazamiento de una letra, *eguakitza/egukaitza*, a cambio de restablecer el sentido de “día de mala suerte” que le atribuyen los supersticiosos.

*Egubakoitz*, y sus variantes *ebiakoitz*, *irakoitz*, literalmente “día único”, “aislado”, “suelto”, con exclusión de la segunda acepción individualizadora de un conjunto, “cada uno de los días”, es el sábado.

El domingo tendría que asumir nombre lunar en el esquema arcaico de esta relación: *ilbete*, plenilunio, *ilondo* menguante, *iberri* novilunio, *ilgora* creciente, sucesivamente; pero hay que apresurarse a decir que no quedan huellas de esa contingencia. Cabe suponer, en todo caso, que el nombre de la jornada festiva tuvo que adoptar pronto una forma estable como el resto de los demás días de la semana. Se desconoce por ahora el vocablo que fue suplantado por *igande*, de inspiración cristiana. ‘*Jaiegun*’, a juicio de Arturo Campión, “ostenta sabor arcaico”, sin que sea atribuible a alguna antigua divinidad<sup>16</sup>.

Ciertamente, la presencia del componente *egun* puede inducir a pensar que se trata de una palabra antigua, por más que el desplazamiento del núcleo principal a segundo término, *jai-egun*, rompe el esquema inicial deri-

15) J.M. de BARANDIARAN. *El hombre primitivo en el País Vasco* p. 81.

16) *Orígenes del pueblo euskaldún* (tercera parte) “Testimonios de la lingüística” p. 343.

vando hacia la fiesta el interés del fenómeno luminoso en sí, o quizá el objetivo trascendente de la divinidad del firmamento.

Entiendo que carecemos por ahora de elementos de juicio para poder identificar con objetividad la palabra o palabras acuñadas en la antigüedad para referirse al domingo en vascuence.

Tampoco el lunes ha conservado ningún vocablo relacionado directamente con este núcleo. Resulta llamativo, sin embargo, el morfema vizcaíno *eguasten*, miércoles, resultante del *eguazken* anterior, por influencia quizá de *eguaste*, lunes, refundido en el proceso de erosión simultánea de ambos términos.

La denominación propia del martes, *eguarте*, perdió el pulso frente al término *astearte*, y ha ensayado otros significados que no acaban de encajar específicamente en el diccionario, de modo que la indefinición semántica es el resultado final del desplazamiento. “Entredía” es la traducción literal que figura en el Diccionario de Azkue. A la hora de matizar, sin embargo, el significado propio de la palabra recoge dos acepciones populares de Vizcaya y Guipúzcoa: “Después del mediodía, siesta”, que es tanto como decir *post meridiem*, y en segundo lugar, “hasta el mediodía”, *ante meridiem*.

La razón de la inseguridad radica en el rechazo implícito que supone la ocupación de los espacios diurnos cumplidamente significados con terminología usual: “entredía” *egun*, media jornada matutina *goiz*, y la vespertina *arratsalde*; en tanto que *eguarте* es, a todas luces, espacio intermedio entre dos jornadas que son, el día precedente y el que le sigue. Martes.

La reconstrucción de la antigua semana vasca podría estar recogida, por tanto, en la siguiente propuesta:

Denominación del domingo, sin determinar.

*Eguaste*, lunes.

*Eguarte*, martes.

*Eguazken*, miércoles.

*Eguen*, jueves.

*Egukaitz*, viernes.

*Egubakoitz*, sábado.

La segunda relación de nombres igualmente autóctonos en relación con los días de la semana, coincide en líneas generales con el listado oficial de Euskaltzaindia:

*Igande*, domingo.

*Astelehen*, lunes.

*Astearte*, martes.

*Asteazken*, miércoles.

*Ostegun*, *ortzegun*, jueves.

*Ostiral*, *ortziral*, viernes.

*Larunbata*, *laurenbata*, sábado.

La inspiración básica de los distintos elementos es varia. Podría considerarse original la estructura formal de *astelehen*, *astearte*, *asteazken*, que sigue el presunto modelo antiguo.

La presencia del núcleo *ost-/ortz-* en *ostegun/ortzegun*, jueves, y *ostiral/ortziral*, viernes, nos remite al pensamiento indogermánico que aporta el concepto de divinidad celeste relacionada con la meteorología y las tormentas, en opinión de los antropólogos, tal como queda indicado en otro lugar.

*Larunbata*, *laurenbata*, sábado, requiere atención especial. Astarloa lo traduce por “uno de cuatro”, ya que, a su juicio, originariamente no se referiría

a un día concreto, sino al conjunto de la semana, como una de las cuatro partes, *laurena-bata*, que constituyen la lunación completa. En este sentido podría tratarse de un morfema arcaico.

Michelena prefiere la explicación folklórica *lagunen-bate*, “día de reunión de los compañeros”, excluyendo así la teoría de origen lunar.<sup>17</sup>

Teniendo en cuenta que nos movemos en el terreno de las hipótesis, no conviene perder de vista la forma vizcaína *laurenbata*, sabiendo que en ese dialecto perviven preciosas reliquias del vocabulario antiguo. De hecho, Azkue considera arcaica la palabra y aporta el testimonio de *Refranes y Sentencias*, para mayor abundamiento: “Eguzki bako laurenbatik ez”, no hay sábado sin sol (Ref. 159).

Astarloa, por su parte, consideraba poco menos que inviable la aplicación del partitivo numeral al sábado, e ingenió la teoría de que pudo ser el nombre de una de las fases de la luna, cuarta parte de la lunación, *laurena*, al margen del actual significado de sábado.

Hasta aquí el resumen de la teoría arcaizante. Existen, sin embargo, otras posibilidades.

La acumulación gratuita de sinónimos alrededor de un mismo concepto es comprensible como resultado final del proceso integrador que aglutina distintas experiencias históricas, pero resulta más cuestionable tratándose de elementos arcaicos generalmente parcos en la economía del vocabulario vasco.

Ocurre a veces, que determinados aspectos teóricos o prácticos que descubre en sus estudios la Etnografía con nombre y funciones propias en cada coyuntura, han quedado superados y obsoletos en el vocabulario como consecuencia de la evolución del pensamiento y de nuevas tecnologías, creando duplicidad de morfemas que, con el tiempo, llegan a asumirse como sinónimos de otras palabras.

La observación de la naturaleza a la que se muestra particularmente sensible la cultura rural, no pudo menos que evidenciar la alternancia irregular de 28 y 29 días en el proceso de las lunaciones, con el excedente del día residual y habrían ingeniado medidas correctoras para adecuarlo a la naturaleza.

Cabe suponer que ese día atípico tendría nombre al igual que los demás días de la semana, hasta que quedó definitivamente regulado el cómputo en el calendario universal. En ese momento la palabra perdió su sentido original, y ella misma pudo desaparecer o quizás fue asumida con el tiempo por el sábado, al que servía de complemento eventual en la excedencia. No es arriesgado suponer, en todo caso, que el binomio *egubakoitza/laurenbata*, actualmente sinónimos, respondieran a conceptos diferentes originariamente, ya que resulta sintomática la coincidencia semántica del día individualizado, *bata*, como resultado de un conjunto de cuatro fases, *lauren*, dentro de la perspectiva global de la lunación.

*Igande*, domingo, es término vasco de inspiración cristiana y concuerda con el pensamiento litúrgico de la Resurrección del Señor, motivo que centra la fiesta semanal entre los creyentes.

*Hilen, hilena*, lunes. Día de la conmemoración de los difuntos en el calendario religioso. Hasta la última reforma del Vaticano II, en la función religiosa de este día se usaban ornamentos negros y el ritual de difuntos, con ofrenda de pan por parte de las familias que llevaban luto por sus apellidos.

17) *Fonética histórica vasca* 2. edición (1977) pp. 491-501.

El núcleo vasco *bil-* denota indistintamente el concepto de “muerto” y el de “luna”, que a través de “dies lunae” adoptado por el calendario romano, da lunes en castellano.

b) Los préstamos lingüísticos tradicionales en la relación de los nombres vascos de la semana, se reducen a tres: *martizena* martes, *zapatu* sábado y *domeka* domingo. Proceden del dialecto vizcaíno y no figuran en la lista oficial de Euskaltzaindia.

c) Se entiende por terminología folklórica cualquier acepción de contenido social o religioso, como “jueves lardero”, y las que reflejan el estado de ánimo achacable a determinada fecha, como “lunes” para indicar “resaca” física o abatimiento moral en la jornada posfestiva.

Tienen carácter lúdico, *emakunde*, jueves de comadres; *gizakunde*, jueves de compadres; *orakunde*, jueves gordo, todos ellos correspondientes al ciclo de Carnaval. *Aste txiki*, semana breve, son los días que median entre el miércoles de Ceniza y el domingo siguiente. *Eguasten zuri*, miércoles santo, tiene connotaciones litúrgicas.

Existe también el lenguaje lúdico de la fiesta alrededor del fin de semana, *asteguen* y *asteburu*, sinónimos dentro de las respectivas fronteras dialectales. Así el sábado tiene tinte amoroso, *neskameguna*, en función de la antigua costumbre permisiva del encuentro nocturno de los novios en el domicilio de la prometida.

La semana llega a tener, incluso, carácter sexuado de signo masculino, *aste harra*, para indicar la ausencia de jornadas festivas, frente a la semana femenina, *aste-eme*, que cuenta con alguna fiesta. La consecuencia atávica es *aje-eguna*, “día de achaques”, prerrogativa del lunes.

Los días de la semana que transcurre tienen también su propia referencia en el vocabulario vasco.

*Egun*, hoy. Va cayendo en desuso y es sustituido por *gaur*, lit. esta noche. *Gaurregun*, hoy en día, tiene sentido genérico y suplanta a *agungo-egunean*.

El cálculo coloquial en el tiempo transcurrido alcanza a tres jornadas inmediatas.

*Bart, barda*, anoche; y *atzo*, ayer.

*Herenegun*, anteayer.

*Herenegun-aurreko*, ante-anteayer o dos días antes.

Del mismo modo, la previsión se centra en el vocabulario concreto de los tres días siguientes:

*Bihār*, mañana.

*Etzi*, pasado mañana.

*Etziramu, etzikaramu*, dentro de dos días.

La alusión al día previo de una efemérides que se sitúa tanto en el pasado como en el futuro, se expresa con un préstamo románico: *bezpera*, víspera. *Biharamon* es la jornada inmediata siguiente.

## 5. Urte. Año

El hito principal en la medida del tiempo, el año, tiene connotaciones atmosféricas en vascuence: *ur-* agua, y *-te*, sufijo abundancial, significa inundación y se refiere a la época o estación de las aguas, de la misma manera que *elurte* indica el período de las grandes nevadas, *ekaizte* frecuencia de temporales, y *legorte* sequía persistente.

El problema estriba en la interpretación climática de los términos. J. Vinson fijaba el año nuevo del antiguo calendario vasco en el equinoccio de oto-

ño, de acuerdo con la teoría de los trece meses del año que él propone. *Buruila*, septiembre, vendría a ser “el mes culminante” o último, en tanto que el sinónimo *iraila*, de *iragan* pasar o trasferir, vendría a ser el mes complementario destinado a adecuar el calendario lunar a las exigencias del ciclo solar en el marco natural de las estaciones. *Urrila*, octubre, sería en consecuencia el mes húmedo, el mes de agua, que corresponde a las grandes mareas, inundaciones y lluvias de otoño<sup>18</sup>.

Arturo Campión, por el contrario, no cree que las condiciones atmosféricas del País Vasco puedan justificar en ninguna época del año el significado literal de la palabra *urte*: “El año basko, dice, nada tiene que ver con la lluvia *euri*. Proviene de la avenida de las aguas, es decir, de un fenómeno natural análogo al del Nilo”. En consecuencia recurre a otras fuentes de inspiración para dar sentido a la palabra: “Es palabra, por decirlo así, prepirenáica”, y concluye con una alusión al vocabulario sánscrito y el testimonio de autores que han estudiado la cultura aria<sup>19</sup>.

Coincidén los autores en la etimología de la palabra *urte*, que relacionan con el agua; pero difieren en el fenómeno de las motivaciones que inspiraron la intención. Difícilmente la lingüística podría llegar a clarificar por sí misma el pensamiento del hombre que crea la palabra como vehículo para expresar sus vivencias. Una vez más, la Antropología puede aportar algunos datos de interés.

En las cosmogonías antiguas el agua no es únicamente elemento de climatología, sino que reviste carácter mítico en relación con la energía creadora del espíritu.

Este concepto está presente en numerosas culturas y constituye el fundamento del relato bíblico en la primera página del Génesis, al decir que en el caos inicial “el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas”, (1,2). Más aún, la acumulación de las aguas superiores sobre el firmamento y las inferiores en los límites del océano, “haya un firmamento en medio de las aguas y separe unas aguas de otras”, supone el origen de la vida en el pensamiento mítico del segundo día de la Creación (Gén. 1.7).

El pueblo vasco no constituye una excepción en el planteamiento universal de los grandes principios cosmogónicos antiguos y conserva ritos significativos como el de la presentación del agua en Año Nuevo, que recoge este pensamiento:

*Ur goiena, ur barrena  
Urteberri egun ona;  
Graziarekin osasuna  
Pakearekin ontasuna  
Jaungoikuak dizuela egun ona.*

“Agua superior, agua inferior, buen día de Año Nuevo; salud y gracia, hacienda y paz. Dios os depare buena jornada”, es el texto que aprendí de mi padre y con ligeras variantes se repetía en otros pueblos de la zona.

La función del rito en el pensamiento prelógico no se limita a la estricta conmemoración de un suceso antiguo, sino que supone la actualización del

18) J. VINSON. “Le Calendrier Basque” RIEV. t. IV (1910) p. 34.

19) A. CAMPION. *Euskariana* (décima serie). Orígenes del pueblo euskaldún. Testimonios lingüísticos (primer volumen) p. 344.

mismo, ya que en cada frontera del año se repite el hecho creador. El mundo mismo se rehace y renueva como la propia naturaleza. Entre los testimonios que recuerdan esta creencia figura el de la sustitución del tiempo natural por el tiempo ritual en el momento fugaz de la unión. Cuentan en Valcarlos que, a medianoche de San Juan, inicio del año agrícola, todas las piedras se convierten en pan y las aguas en vino. No conviene empeñarse en detectar el fenómeno por el riesgo que entraña. En el caso de descubrirlo acarrearía al afortunado mortal la plena felicidad para el resto de la vida. Pero el fracaso lo convertiría en *gizotsu*, hombre-lobo.

Otras prácticas iban encaminadas a garantizar la cosecha del año. Las familias de Mezquíriz (Nav.), inspeccionaban bajo la severa vigilancia de la dueña mayor todos los rincones de la cocina antes de acudir a la misa del Gallo, para cerciorarse de que no quedaba ningún grano de trigo por el suelo. Si al regresar de la función religiosa recogían algún grano del cereal, daban por garantizada la cosecha del año.

En muchos lugares he constatado a medianoche de San Juan y fin de año la práctica de vaciar la clara de huevo fresco sobre el agua de un vaso para observar las figuras que produce la mezcla, como signo de buen o mal augurio en las actividades profesionales de tierra y mar durante el año.

El agua tiene, sin duda, la doble faceta climática y mítica en las tradiciones vascas relacionadas con *urte*, año. Lo que ocurre es que el calendario ha estado sometido a sucesivos cambios y los testimonios tradicionales deben ser estudiados de acuerdo con esta realidad.

La concepción mítica del fenómeno creacional es igualmente asumible en cualquier época en que se sitúe el inicio del año y es perfectamente susceptible de cambio en la medida en que varían los reajustes del calendario.

No sucede así con el planteamiento del año climático, sujeto a las variables propias de la estación en cada país.

El problema estriba en determinar cuál de los dos pudo ser el contenido semántico inicial del término vasco *urte*, año. El planteamiento teórico es susceptible de hipótesis diversas o, incluso, contrapuestas, mientras que el análisis de los datos disponibles puede proporcionar orientaciones objetivas.

Aunque desconocemos las características meteorológicas del otoño en la más remota antigüedad, al menos en las circunstancias actuales resulta difícil de admitir que setiembre y octubre puedan considerarse meses marcados por la abundancia del agua en el País Vasco; y sí, en todo caso, por el estiaje.

La concepción mítica de los fenómenos cosmogónicos, por otra parte, iba acompañada de manifestaciones rituales y festivas que dejaron profunda huella en las tradiciones populares vascas, y en el folklore otoñal no quedan vestigios de ello, aparte de las costumbres propias de la recolección de algunos frutos. Considero inconsistente, por tanto, la fuerza de los motivos en que se basa la tesis sobre el supuesto inicio otoñal del año vasco.

El Año Nuevo actual *urtats*, el 1 de enero, da origen al nombre del primer mes del año, *urtarrila*, enero. Aunque ligeramente escorada por ajuste final del calendario, la fecha responde en realidad al solsticio de invierno dentro del cómputo solar, y ha asumido con la Navidad parte del legado folklórico relacionado con el extremo del nuevo año. Cuenta además con una larga tradición que, al menos desde la época protohistórica, no ha conocido otra alternativa moderna.

Desde el punto de vista climático, sin embargo, difícilmente puede sostenerse que los días más rigurosos del invierno en la geografía montañosa del

País Vasco provocan las aguas caudalosas, *urte*, que dieron nombre al año. Cabe suponer que hubiera sido quizás *elurte*, tiempo de nevadas, la referencia más apropiada a la realidad.

Las referencias más explícitas a las aguas caudalosas en las leyendas vascas se sitúan siempre alrededor de los meses de marzo y abril. El pastor que provocó las iras del mes de marzo con su maldición, *martxo kuerno! Hail eta lerreik*, “marzo cuerno! Vete y revienta”, fue objeto de despiadada venganza por parte del aludido mes. Por tratarse del último día disponible, pidió prestados dos días al mes de abril, *ordiz egunak* o días prestados en el argot popular, y desató una espectacular tormenta que, al desbordar los cauces de todos los ríos y regatas, arrastró el rebaño del ganadero.

Unicamente quedaba el carnero, que atrapado entre matorrales corría también el riesgo de ser aniquilado.

— Al menos podré salvarte a tí! dijo el pastor, y trató de recuperarlo con tan mala fortuna que, de una sacudida violenta le arrancó con los cuernos el único ojo sano al infeliz pastor.

Además del viejo mito de las aguas de abril, aguas mil, entra también en juego la situación simbólica del ganadero que ha agotado las reservas de invierno y espera los pastos de primavera.

Y si el argumento de los datos climáticos en la literatura oral nos remite a las aguas de primavera, igualmente debemos admitir que el conjunto nuclear de las celebraciones de carácter mítico y folklórico inspiradas en el inicio del nuevo año, a pesar de las importantes manifestaciones de Navidad y primero de enero, siguieron formando parte de las fiestas del equinoccio de primavera, hasta que la Iglesia instauró la Cuaresma en aras del ascetismo cristiano, desplazando así los festejos principales propios de estas fechas a las jornadas previas que empezaron a llamarse días de carnaval, al tiempo que otras prácticas se retrasaron a la semana de Pascua con nombre cristiano, como la quema de Judas.

Unicamente determinados juegos considerados innocuos resistieron los embates de la nueva disciplina y los chicos de algunos pueblos de la Barranca, por ej., nos dedicábamos el Sábado Santo a recoger por las casas pucheros de arcilla, odres, calzado viejo y muebles destortalados para quemarlos en la hoguera o despeñarlos de una ripa para su destrucción.

No cabe duda de que esta manifestación corresponde a la ruptura de los viejos hábitos y la quema del año viejo en los ritos purificatorios que propician los buenos augurios para el año que empieza.

## 6. Hil. Mes

La precisión del mes fue el último logro que estabilizó definitivamente la medida del tiempo en el calendario universal. Tuvo que superar muchas dificultades el hombre hasta adecuar el calendario lunar al ritmo de la evolución del sol y acomodarse así al tiempo real de las estaciones.

A pesar de que dos milenios antes de J.C. los babilonios conocían el calendario de doce meses, los pueblos de Occidente perseveraron obstinadamente hasta muy tarde en sus imprecisiones, limitándose a aplicar medidas correctoras a sus respectivos cómputos.

El antiguo calendario romano constaba de diez meses, con un total de 304 días, coincidiendo con las estaciones naturales cada cinco años. La reforma de

Numa y, sobre todo, las medidas adoptadas por Julio César fijaron en 365 días y 6 horas el tiempo del año.

Todavía en la Edad Media el cálculo seguía basándose en las eras antiguas y se limitaba a señalar la fecha de la Pascua para fijar las fiestas móviles en el calendario litúrgico.

Finalmente, el Papa Gregorio XIII realizó en 1582 la última reforma importante, añadiendo diez días de desfase al tiempo que regulaba con más precisión el mecanismo de los años bisiestos.

El sistema actual de los doce meses del año, por consiguiente, es una novedad relativamente moderna y el vocabulario vasco conserva vestigios de esquemas anteriores.

La referencia más elemental es la que reparte el año en dos grandes bloques, *uda* verano, y *negu* invierno, de los que derivan en función de aproximación o lejanía los tiempos intermedios de la primavera y el otoño. El verano ha inspirado los términos *udahaste*/*udasiera* comienzo del verano y últimamente *udaberri*, para indicar la primavera. *Udazken*/*udatzen* final del verano, para significar el otoño.

A partir del lexema *negu* invierno, *neguantz* otoño; *neguaurren* y *negulehen* entrada o comienzo del invierno; *negumin*, *negu-bihotz* corazón del invierno, y *neguazken* culminación o fin del invierno.

En un segundo plano que podría situarse en la cultura agrícola figura la terminología propia de las actividades del campo. El distintivo lexical radica en el sufijo *-aro/-zaro*, época, sazón.

A juicio de J. Vinson el año vasco tuvo seis estaciones bimensuales, representadas por los siguientes elementos climatológicos o laborales:

*Urriaro*, estación de las aguas caudalosas, según su propia interpretación etimológica.

*Azaro*, sementera.

*Otzaro*, época del frío.

*Ostaro*, ciclo de la germinación o salida de la hoja.

*Errearo*, estiaje.

*Uztaro*, tiempo de la recolección.

Podría complementarse la referencia con *Garagartzaro*, ciclo de la cebada, junio, y *Lastaro*, época de la paja, octubre, en algunos pueblos de Navarra.

El valor representativo de estas palabras, sin embargo, no es el mismo en todos los casos. *Azaro* noviembre, por citar un ejemplo, es término muy extendido en el País Vasco, en tanto que *otzaro* es prácticamente desconocido.

El formalismo de las estaciones más o menos institucionalizadas, por otra parte y la asignación puntual de dos meses a cada una de ellas llevaría implícita la medida real de doce meses en el cómputo efectivo del año, como exponente científicamente evolucionado y modélico en la cultura antigua de Occidente, suceso espectacular que requeriría una seria demostración.

Me parece más aceptable pensar que los períodos destinados a las principales actividades laborales no se enmarcaban en el plazo fijo de las fechas del calendario, sino que se asumían en función de las circunstancias atmosféricas propicias y de la maduración de los frutos, que podía fluctuar de un año a otro y no tenía por qué coincidir necesariamente en el espectro climático de las distintas regiones.

La tradición oral no ha renunciado a la experiencia de las soluciones prácticas. Cuando San Martín, el héroe colonizador de las leyendas vascas arrebató al diablo el secreto de la fecha para sembrar el maíz, lo hizo por medio de

una treta femenina en clave de canción de cuna que, según la versión de Urdiáin, entonó la compañera del odioso demonio:

*Elorria loran dago  
Mirua loka dago.  
Ai, artua ereiteko  
Zer sasoia dago(n).*

“El espino albar está en flor y empollando el milano. Ay, para la siembra del maíz, qué tiempo tan bueno”.

Al ritmo de los acontecimientos históricos, por supuesto, el vocabulario vasco fue adaptándose también a las nuevas exigencias del calendario universal, no sin crear cierta ambigüedad en la definición anterior. *Urria*, por ej., pasó a significar setiembre y octubre, a expensas de la puntualización *urri leneko*, *urri lehenego* o inicial, setiembre; y *urri bigarren*, o segundo, octubre. No fue la única alternativa, por supuesto, en el intento de clarificación, ya que unos pueblos llamaron *urria* a setiembre, distinguiéndolo de *lastaila*, octubre, como en el caso de Burunda; y otros, en cambio, reservaron el término tradicional *urria* para designar a octubre y llamaron *iraila*, también *buruila*, a setiembre.

El fenómeno lingüístico se presta en esta ocasión a diversas consideraciones antropológicas. 1) La utilización del término *-bil*, luna, para expresar el nuevo concepto de “mes” en la formación del calendario solar revela, sin lugar a dudas, que el esquema del cómputo lunar primaba hasta entonces en el pensamiento del hombre vasco: *urtarilla*, *otsaila*, etc.

2) La doble forma *bil*, *bilabete*, mes, indica que el centro del culto lunar de los vascos lo constituía el plenilunio, *bilabete*, a diferencia de otros pueblos que celebraban el novilunio. Esto coincide con los datos históricos. Según Strabon, los pueblos del Norte de la Península “tienen cierta divinidad innominada, a la que, en las noches de luna llena las familias rinden culto danzando hasta el amanecer ante las puertas de sus casas”<sup>20</sup>.

Los datos etnográficos confirman el dato.

Relación de los nombres vascos de los meses.

Enero. *Yçocilla* (1501), mes de las escarchas. Es la referencia más antigua registrada hasta ahora<sup>21</sup>. *Ilbetz*, *beltzil*, *urtarril*, *urteil*, *izozkil*.

Febrero. *Oçalla* (1501), mes del frío. Este dato descarta la etimología popular “mes de los lobos”, *otso*, y plantea la duda ortográfica *otsail*/*otzail*. Se dice también *katail*, *zezeil* y *barantail*.

Marzo. *Martxoa*, *marti*, *epail*.

Abril. *Aprilla* (1501) *Apirl*, *jorrail*.

Mayo. *Maiatz*, *ostaro*, *ostail*, *orril* o mes de la hoja. *Lorail*, mes de la flor.

Junio. *Garagarcilla* (1501). *Garagartzaro*, *garagarril*, mes de la cebada.

*Ekaina*, *bagil*, *erearo*, *arremaiatz*, *maiatz-berri*.

Julio. *Uztail*, mes de las meses. *Garil*, mes del trigo. *Garagarril*.

Agosto. *Agorril*, mes del estiaje. *Dagonil*, *abuztu*.

Septiembre. *Urrilla* (1501), *agorra*, *irail*, *garoil*, mes del helecho. *Urri*.

Octubre. *Laztalla* (1501) *Lastail*, *urria*.

20) A. GARCIA Y BELLIDO. *España y los españoles hace dos mil años*. Col. Austral 515. 4. ed. (1969) p. 156.

21) J.M. SATRUSTEGUI. *Euskal Testu Zaharrak I*. (Iruñea, 1987).

Noviembre. *Azaroa*, época de la semilla. *Azil, zemendi, gorotzil*. La presencia del tiempo litúrgico de Adviento se refleja en *leben-abendu, abendu-handi*.

Diciembre. *Auendua* (1501) *Bigarren abendu, abendu-txikar, lotazil, loil, neguil, beltzil, gabonil*.

La lista oficial de la Real Academia de la Lengua Vasca, Euskaltzaindia, recoge de alguna manera el testimonio de las distintas etapas: *urtarrila, otsaila, martxo, apirila, maiatza, ekaina, uztaila, abuztua, iraila, urria, azaroa, abendua*.

Es evidente que no era la única opción posible, dada la variedad y representatividad del material disponible, pero puede ser instrumento válido para la deseada unificación del idioma escrito.